

eso muchos españoles de los pobladores dejaban la tierra, y se iban á buscar las vidas á Xalisco, Honduras, Cuahutemallan y otras partes que habia guerras y entradas.

Vuelta de Cortés á Méjico.

En esto llegó Cortés á la Vera Cruz. De que se dijo su llegada, y que iba hecho marqués y llevaba su mujer, comenzaron á irle á ver muchedumbre de indios y casi todos los españoles de Méjico, con achaque de salir á recibirle. En pocos días se le juntaron mas de mil españoles, y se le quejaban que no tenían qué comer, y decían que los licenciados Matienzo y Delgadillo los habian destruido á ellos y á él, y que viese si queria que los matasen con los demás. Cortés, conociendo cuán feo caso era, reprehendiéndolos recio. Dióles esperanza de sacarlos presto de laceria con las armadas que habia de hacer, y porque no hiciesen algun motin ó saco, entretenialos con regocijos. El Presidente y oidores mandaron á todos los españoles que luego volviesen á Méjico, y cada vecino á su pueblo, so pena de muerte, por quitillos de Cortés; y estuvieron por enviar á prenderle y enviarle á España por alborotador de la tierra. Mas visto por él cuán de ligero se movian los letrados, se hizo pregonar públicamente en la Vera Cruz por capitán general de la Nueva-España, leyendo las provisiones, que hicieron torcer las narices á los de Méjico. Tras esto partióse derecho allá con un gran escuadrón de españoles é indios, en que habia gran copia de caballos. Cuando llegó á Tezcuco mandáronle que no entrase en Méjico, so pena de perdimiento de bienes, y la persona á merced del Rey. Obedesció y cumplió con toda la prudencia que convenia al servicio del Emperador y bien de aquella tierra, que con muchos trabajos él ganara. Estaba allí en Tezcuco muy acompañado, y con tanta corte y mas que habia en Méjico. Escribia al Presidente y oidores que mirasen mejor su buena intencion, y no diesen asilla á los indios de rebelarse; que de los españoles seguros podian estar. Los indios, viendo estas cosas, mataban cuantos españoles cogian en descampado; y no en muchos días faltaban mas de docientos, todos muertos á manos suyas, así en pueblos como en caminos, é ya estaban hablados, y concertaban de alzarse; pero vinieron algunos á decirlo al Obispo, el cual tuvo miedo; y luego, con acuerdo y parecer de los oidores y de los demás vecinos que en la ciudad estaban, viendo que no tenían mejor remedio ni mas cierta defensa que la persona, nombre, valor y autoridad de Cortés, le envió á llamar y rogar que entrase en Méjico. El fué luego, muy acompañado de gente de guerra, y de veras parecia capitán general. Salieron todos á recibirle, que entraba tambien la marquesa, y fué aquel un día de mucha alegría. Trataron la Audiencia y él cómo remediarian tanto mal. Tomó Cortés la mano, prendió á muchos indios, quemó algunos, aperreó otros, y castigó tantos, que en muy breve tiempo allanó toda la tierra y aseguró los caminos; cosa que merecía galardón romano.

De cómo envió Cortés á descubrir la costa de la Nueva-España por la mar del Sur.

Como Cortés estuvo algo de reposo, le requirieron Presidente y oidores que dentro de un año enviase armada á descubrir por la mar del Sur, conforme á la instrucción y conveniencia que traía del Emperador, hecha en Madrid á 27 de octubre y de 29, y firmada de la emperatriz doña Isabel; donde no, que su majestad contrataria con otra persona. Tanto hicieron esto por alejarlo de Méjico, como porque cumpliese lo que habia capitulado con el Emperador; que bien sabia cómo tenia siempre muchos carpinteros y navios en el astillero; pero querian que él mismo fuese allá. Cortés respondió que así lo haria. Dió pues muy gran prisa á dos naos que se estaban labrando en Acapulco. Entre tanto anduvo un sarampion, que llamaron zautllepiton, que quiere decir lepra chica, á respecto de las viruelas que les pegó el negro de Pánfilo de Narvaez, segun ya se dijo; y murieron con él muy muchos indios. Fué tambien enfermedad nueva y nunca vista en aquella tierra. Como las naos se acabaron, las armó Cortés muy bien de gente y artillería; hinchólas de vituallas, armas y rescates. Envio por capitán dellas á Diego Hurtado de Mendoza, primo suyo. Llamábanse las naos, una de Sant Miguel y otra de Sant Marcos. Fueron, por tesoro Juan de Mazuela, por veedor Alonso de Molina, maestre de campo Miguel Marroquino, alguacil mayor Juan Ortiz de Cabex, y por piloto Melchior Fernandez. Salió Diego Hurtado del puerto de Acapulco día de Corpus Christi, año de 1532. Siguió la costa hacia el poniente; que así era el concierto. Llegó al puerto de Xalisco, y quiso tomar agua, no por necesidad, sino por henchir las vasijas que hasta allí habian vendido. Nuño de Guzman, que gobernaba aquella tierra, envió gente que les defendiese la entrada, ó por ser de Cortés, ó porque nadie entrase en su jurisdicción sin su licencia. Diego Hurtado dejó el agua, y pasó adelante bien docientas leguas costeando lo mas y mejor que pudo. Amotináronse muchos de su compañía; metiólos en el un navio, y enviólos á la Nueva-España por ir descansado y seguro. Con el otro navio prosiguió su derrota; pero no hizo cosa que de contar sea, que yo sepa, aunque navegó y estuvo mucho sin que dél se supiese. La nave de los amotinados tuvo á la vuelta tiempo contrario y falta de agua; y así, le fué forzado, aunque no quisieran los que dentro venian, surgir en una bahía que llaman de Banderas, donde los naturales estaban en armas por algunos tratamientos no buenos que los de Nuño de Guzman les habian hecho. Tomaron los nuestros tierra, y sobre tomar agua riñeron. Los contrarios eran muchos, y mataron todos los españoles de la nao; que no escaparon sino solos dos. Cortés desde lo supo fuése á Tecoaatepec, villa suya, que está de Méjico ciento y veinte leguas. Aderezó dos navios que sus oficiales acababan de hacer, basteciéndolos muy cumplidamente, y envió por capitán de uno á Diego Becerra de Mendoza, natural de Mérida, y por piloto á Fortun Jimenez, vizcaíno; y del otro á Hernando de Grijalva, y piloto á un portugués que se decia Acosta: creo que partieron año y medio después que Diego Hurtado. Iban á tres efectos: á vengar los muertos, á bus-

car y socorrer los vivos, y á saber el secreto y cabo de aquella costa. Estas dos naos se desrotaron una de otra la primera noche que se hicieron á la vela, y nunca mas se vieron. Fortun Jimenez se concertó con muchos vizcaínos, así marineros como hombres de tierra, y mató á Diego Becerra estando durmiendo. Debíó ser que riñeron, y hirió malamente á otros algunos. Arribó con la nao á Motín, y echó en tierra á los heridos y á dos frailes franciscos. Tomó agua, y fué de allí á dar en la bahía de Santa Cruz. Saltó á tierra, y mataronle los indios con otros veinte españoles. Con estas nuevas fueron dos marineros á Chiametlan de Xalisco en el batel, y dijeron á Nuño de Guzman cómo habian hallado mucha muestra de perlas. El fué allá, aderezó aquella nao, y envió gente en ella á buscar las perlas. Hernando de Grijalva anduvo trecientas leguas por el norueste sin ver tierra; y por eso echó luego á la mar á ver si hallaria islas, y topó con una, que llamó Sancto Tomás porque tal día la descubrió. Estaba, segun él dijo, despoblada y sin agua por la parte que entró. Está en veinte grados. Tiene muy hermosas arboledas y frescuras, muchas palomas, perdices, halcones y otras aves. En esto pararon aquellas cuatro naos que Cortés envió á descubrir.

Lo que padesció Cortés continuando el descubrimiento del Sur.

Cortés, entre tanto que todo esto pasaba, tuvo hechos otros tres navios muy buenos, ca siempre labraba con diligencia y mucha gente naos en Tecoaatepec, para cumplir lo capitulado con el Emperador, y pensando descubrir riquísimas islas y tierra. Y como tuvo nueva de todo ello, quejóse al Presidente y oidores, de Nuño Guzman, y pidióles justicia para que le fuese vuelta su nave. Ellos le dieron provision, y luego sobrecarta; mas poco aprovecharon. El entonces, que estaba amostazado con Nuño de Guzman sobre la residencia que le hizo, y hacienda que le deshizo, despachó los tres navios para Chiametlan, que se llamaba Santa Agueda, Sant Lázaro y Santo Tomás, y él fuese por tierra desde Méjico muy bien acompañado. Cuando llegó allá halló la nao al través, y robado cuanto en ella iba, que con el casco del navio, valia todo quince mil ducados. Llegaron tambien los tres navios, embarcóse en ellos con la gente y caballos que cupieron; dejó con los que quedaban á Andrés de Tapia por capitán, ca tenia trecientos españoles y treinta y siete mujeres y ciento y treinta caballos. Pasó adonde mataron á Fortun Jimenez. Tomó tierra primero día de Mayo del año de 1536, y por ser tal día nombró aquella punta, que es alta, sierras de Sant Felipe, y á una isla que está tres leguas de allí llamó de Santiago. A tres días entró en un muy buen puerto, grande, seguro de todos aires, y llamóle bahía de Santa Cruz. Allí mataron á Fortun Jimenez con los otros veinte españoles. En desembarcando envió por Andrés de Tapia. Dióles después de embarcados un viento que los llevó hasta dos rios, que agora llaman Sant Pedro y Sant Pablo. Salidos de allí, se tornaron á desrotar todos tres navios. El menor vino á Santa Cruz, otro fué al Guayabal, y el que llamaban Sant Lázaro dió al través, ó por mejor decir, encalló cerca de Xalisco; la gente del cual se volvió á Méjico.

Cortés esperó muchos días sus naos, y como no venian, llegó á mucha necesidad, porque en ellos tenia los bastimentos; y en aquella tierra no cogen maíz, sino viven de frutas y yerbas, de caza y pesca, y aun diz que pescan con flechas y con varas de punta, andando por el agua en unas balsas de cinco maderas, hechas á manera de la mano; y así, determinó ir con aquel navio á buscar los otros, y á traer qué comer si no los hallaba. Embarcóse pues con hasta setenta hombres, muchos de los cuales eran herreros y carpinteros. Llevó fragua y aparejos para labrar un bergantín, si fuese necesario. Atravesó la mar, que es como el Adriático; corrió la costa por cincuenta leguas, y una mañana hallóse metido entre unos arracifes ó bajos, que ni sabia por dónde salir ni por dónde entrar. Andando con la sonda buscando salida, arrióse á la tierra y vió una nao surta dos leguas dentro un ancon. Quiso ir allá, y no hallaba entrada; que por todas partes quebraba la mar sobre los bajos. Los de la nao vieron tambien al navio, y enviáronle su batel con Anton Cordero, piloto, sospechando que era él. Arribó al navio, y saludó á Cortés, entróse dentro para guiarle. Dijo que habia harta hondura por encima de una reventazon, que por ella pasó su nao. En diciendo esto, encalló á dos leguas de tierra, donde quedó el navio muerto y trastornado. Allí viéranse llorar al mas esforzado, y maldecir al piloto Cordero. Encomendábanse á Dios, y desnudábanse, pensando guarescer á nado ó en tablas; é ya estaban para hacerlo cuando dos golpes de mar echaron la nao en la canal que decia el piloto, mas abierta por medio. Llegaron, en fin, al otro navio surto, vaciando el agua con la bomba y calderas. Salieron, y sacaron todo lo que dentro iba, y con los cabestrantes de ambas naos la tiraron fuera. Asentaron luego la fragua, hicieron carbon. Trabajaban de noche con hachas y velas de cera, que hay por allí mucha; y así, fué presto remediada. Compró en Sant Miguel, decisiete leguas del Guayabal, que cae en lo de Culucan, mucho refresco y grano. Costóle cada novillo treinta castellanos de buen oro, cada puerco diez, cada oveja y cada fanega de maíz cuatro. Salió de allí Cortés, y topó la nao Sant Lázaro en la barra con la patilla, y desgobernóse el gobernable. Fué menester hacer otra vez carbon, y fraguar de nuevo los fierros. Partiése Cortés en aquella nave mayor, y dejó á Hernando de Grijalva por capitán de la otra, que no pudo salir tan presto. A dos días que navegaba con buen tiempo se quebró la atadura de la antena de la mesena, que estaba con la vela cogida, y dado el chafardete. Cayó la antena, y mató al piloto Anton Cordero, que dormia al pié del árbol. Cortés hubo de guiar la navegación; que no habia quien mejor la hiciese. Llegó cerca de las islas de Santiago, que poco antes nombré, y allí le dió un norueste muy recio, que no le dejó tomar la bahía de Santa Cruz. Corrió aquella costa al sueste, llevando casi siempre el costado de la nao en tierra y sondando. Halló un placel de arena, donde dió fondo. Salió por agua, y como no la halló, hizo pozos por aquel arenal, en que cogió ocho pipas de agua. Cesó entre tanto el norueste, y navegó con buen tiempo hasta la isla de Perlas, que así creo la llamó Fortun Jimenez, que está junto á la de Santia-

go. Calmóle el viento, pero luego tornó á refrescar; y así, entró en el puerto de Santa Cruz, aunque con peligro, por ser estrecha la canal y menguar mucho la mar. Los españoles que allí había dejado estaban trahidos de hambre, y aun se habían muerto mas de cinco, y no podían buscar marisco, de flacos, ni pescar, que era lo que los sostenia. Comian yerbas de las que hacen vidrio, sin sal, y frutas silvestres, y no cuantas querian. Cortés les dió la comida por mucha regla, porque mal no les hiciese, que tenían los estómagos muy debilitados; mas ellos, con la hambre, comieron tanto, que se murieron otros muchos. Visto pues que se tardaba Hernando de Grijalva, y que era llegado á Méjico don Antonio de Mendoza por virey, segun los de Sant Miguel le dijieran, acordó dejar allí en Santa Cruz á Francisco de Ulloa por capitán de aquella gente, é irse él á Tecoantepec con aquella nave, para enviarle navíos y mas hombres con que fuese á descubrir la costa, y para buscar de camino á Hernando de Grijalva. Estando en esto llegó una carabela suya de la Nueva-España, que le venia á buscar, y que le dijo cómo venian atrás otras dos naos grandes con mucha gente, armas, artillería y bastimentos. Esperóles dos dias, y no viniendo, fué con el un navío, y topólas surtas cerca de la costa de Xalisco, y llevólas al mismo puerto, donde halló la nao en que iba Hernando de Grijalva atollada en la arena, y los bastimentos dentro y podridos. Hizola limpiar y lavar. Los que sacaron la carne y anduvieron en aquello se hincharon las caras del hedor y baso, y los ojos, que no podían ver. Levantó el navío, púsolo en hondura, y estaba sano y sin agujero ninguno; cortó antenas y mástiles, que cerca había buenos árboles, y aderezólo muy bien; y luego se fué con todos cuatro navíos á Santiago de Buena-Esperanza, que es en lo de Coliman; donde, antes que del puerto saliese, vinieron otras dos naves suyas, que como tardaba tanto, y la Marquesa tenia grandísima pena, iban á saber dél. Con aquellos seis navíos entró en Acapulco, tierra de la Nueva-España. Muchas cosas cuentan desta navegacion de Cortés, que á unos parecerian milagro y á otros sueño. Yo no he dicho sino la verdad y lo creadero. Estando Cortés en Acapulco, á Méjico de partida, le vino un mensajero de don Antonio de Mendoza, con aviso de su ida por virey en aquellas tierras, y con el traslado de una carta de Francisco Pizarro, que había escrito á Pedro de Albarado, adelantado y gobernador de Cuahutemallan, que así había hecho á otros gobernadores, en que le hacia saber cómo estaba cercado en la ciudad de los Reyes con muy gran gente, y puesto en tanta estrechura, que si no era por mar, no podía salir, y que le combatian cada dia, y que si no le socorrian presto, se perderia. Cortés dejó de enviar recaudo entonces á Francisco de Ulloa, y envió dos naos á Francisco Pizarro con Hernando de Grijalva, y en ellas muchas vituallas y armas, vestidos de seda para su persona, una ropa de martas, dos siales, almohadas de terciopelo, jaeces de caballos y algunos aderezos de entre casa, que él tenía para sí aquella jornada, é ya que estaba en su tierra, no los había mucho menester. Hernando de Grijalva fué, y llegó á buen tiempo, y tornó á enviar la nave á Acapulco, y

Cortés hizo en Cuauauac sesenta hombres, y enviólos al Perú, juntamente con once piezas de artillería, diez y siete caballos, sesenta cotas de malla, muchas ballestas y arcabuces, mucho herraje y otras cosas, que nunca dellas hubo recompensa, como mataron no mucho después al Francisco Pizarro, aunque Pizarro tambien envió muchas y ricas cosas á la marquesa doña Juana de Zúñiga; pero huyó con ellas el Grijalva.

De la mar de Cortés, que tambien llaman Bermejo.

Por el mes de mayo del mesmo año de 1539 envió Cortés otros tres navíos muy bien armados y bastecidos, con Francisco de Ulloa, que ya era vuelto con todos los demás, para seguir la costa de Culucan, que vuelve al norte. Llamáronse aquellos navíos Santa Agueda, la Trinidad y Santo Tomás. Partieron de Acapulco; tocaron en Santiago de Buena-Esperanza por tomar ciertas vituallas; del Guayabal atravesaron á la California en busca del un navío, y de allí tornaron á pasar aquel mar de Cortés, que otros dicen Bermejo, y siguieron la costa mas de docientas leguas hasta do fenesece, que llamaron ancon de Sant Andrés, por llegar allí su dia. Tomó Francisco de Ulloa posesion de aquella tierra por el rey de Castilla, en nombre de Fernando Cortés. Está aquel ancon en treinta y dos grados de altura, y aun algo mas; es allí la mar bermeja, cresce y mengua muy por concierto. Hay por aquella costa muchos vulcanejos, y están los cerros helados; es tierra pobre. Hallóse rastro de carneros, digo cuernos grandes, pesados y muy retuertos. Andan muchas ballenas por este mar; pescan en él con anzuelos de espinas de árboles y de huesos de tortugas, que las hay muchas y muy grandes. Andan los hombres desnudos y tresquilados, como los otomíes de la Nueva-España; traen á los pechos unas conchas relucientes como de nácar. Los vasos de tener agua son buches de lobos marinos, aunque tambien las tienen de barro muy bueno. Del ancon de Sant Andrés, siguiendo la otra costa, llegaron á la California, doblaron la punta, metiéronse por entre la tierra y unas islas, y anduvieron hasta emparejar con el ancon de Sant Andrés. Nombraron aquella punta el cabo del Engaño, y dieron vuelta para la Nueva-España, por hallar vientos muy contrarios y acabárseles los bastimentos. Estuvieron en este viaje un año entero, y no trujeron nueva de ninguna tierra buena: mas fué el ruido que las nueces. Pensaba Fernando Cortés hallar por aquella costa y mar otra Nueva-España; pero no hizo mas de lo que dicho tengo, tanta naó como armó, aunque fué allá él mesmo. Créese que hay grandes islas y muy ricas entre la Nueva-España y la Especiería. Gastó docientos mil ducados, á la cuenta que daba, en estos descubrimientos; ca envió muchas mas naos y gente de lo que al principio pensó, y fueron causa, como después dirémos, que hubiese de tornar á España, tomar enemistad con el virey don Antonio, y tener pleito con el Rey sobre sus vasallos; pero nunca nadie gastó con tanto ánimo en semejantes empresas.

De las letras de Méjico.

No se han hallado letras hasta hoy en las Indias, que no es pequeña consideración; solamente hay en la Nue-

Los nombres de los meses.

Tlacaxipeualiztli.	
Tozçuztli.	
Huei tozçuztli.	
Toxcallt.	Tepupochuiliztli.
Eçalcoaliztli.	
Tecuil huicintli.	
Huei tecuilhuitl.	
Miccaiuhicintli.	
Vei miccaihuitl.	
Uchpaniztli.	Tenuatiliztli.
Pachtli.	Heçoztli.
Huei pachtli.	Pachtli.
Quecholl.	
Panqueçaliztli.	
Hatemuztli.	
Tititl.	
Izcalli.	
Coauitleuac.	Cinaihuitl.

En algunos pueblos truecan los meses, y en otros los diferencian, segun quedan señalados por sí; mas la órden que llevan es la comun.

Nombres de los dias.

Cipactli.	Espadarte.
Hecatli.	Aire y viento.
Calli.	Casa.
Cuezpali.	Lagarto.
Coault.	Culebra.
Mizquintli.	Muerte.
Maçatl.	Ciervo.
Tochtli.	Conejo.
Atl.	Agua.
Izcuyntli.	Perro.
Oçumatli.	Mona.
Malinali.	Escoba.
Acatl.	Caña.
Ocelotl.	Tigre.
Coautli.	Aguila.
Cozcaquahutli.	Buharro.
Olin.	Temple.
Tecpatl.	Cuchillo.
Quiauitl.	Lluvia.
Xuchitl.	Rosa.

Aunque estos veinte nombres sirven para todo el año, y no son mas que dias tiene cada mes, no empero cada mes comienza por cipactli, que es el primer nombre, sino como les viene. La causa dello es los cinco dias intercalares, que andan por sí, y tambien porque tienen semana de trece dias, que remuda los nombres; la cual, pongo caso que comience de ce cipactli, no puede correr mas de hasta matlalomei acatl, que es trece; y luego comienza otra semana, y no dice matlacinaui ocelotl, que es catorceno dia, sino ce ocelotl, que es uno, y tras él cuentan los otros seis nombres que quedan hasta los veinte; y como son acabados todos los veinte dias, comienzan de nuevo á contar del primer nombre de aquellos veinte; mas no como de uno, sino como de ocho; y porque mejor se pueda entender, es desta manera:

va-España unas ciertas figuras que sirven por letras, con las cuales notan y entienden toda cualquier cosa, y conservan la memoria y antigüedades. Semejan mucho á los jeroglifos de Egipto, mas no encubren tanto el sentido, á lo que oigo; aunque ni debe ni puede ser menos. Estas figuras que usan los mejicanos por letras son grandes; y así, ocupan mucho; entállanlas en piedra y madera; pintanlas en paredes, en papel que hacen de algodon y hojas de metl. Los libros son grandes, cogidos como pieza de paño, y escritos por ambas haces; haylos tambien arrollados como pieza de jerga. No pronuncian *b, g, r, s*; y así, usan mucho de *p, c, l, x*; esto es la lengua mejicana y nahuatl, que es la mejor, mas copiosa y mas extendida que hay en la Nueva-España, y que usa por figuras. Tambien se hablan y entienden algunos de Méjico por silbos, especialmente ladrones y enamorados: cosa que no alcanzan los nuestros, y que es muy notable.

Los nombres de contar.

Ce.	Uno.
Ome.	Dos.
Ei.	Tres.
Nauí.	Cuatro.
Macuil.	Cinco.
Chicoace.	Seis.
Chicome.	Siete.
Chicuei.	Ocho.
Chiconauí.	Nueve.
Matlac.	Diez.
Matlactlioece.	Once.
Matlactliome.	Doce.
Matlactlomei.	Trece.
Matlactlinaui.	Catorce.
Matlactlimacuil.	Quince.
Matlactlichicoace.	Dieciseis.
Matlactlichicome.	Diecisiete.
Matlactlichicuei.	Dieciocho.
Matlacthiconauí.	Diecinueve.
Cempoalli.	Veinte.

Hasta seis cada número es simple y solo; después dicen seis uno, seis dos, seis tres.

Diez es número por sí; y luego dicen diez y uno, diez y dos, diez y tres, diez y cuatro, diez y cinco.

Dicen diez quinquino, y diez seis uno, diez seis dos, diez seis tres.

Veinte va por sí, y todos los números mayores.

Del año mejicano.

El año de aquestos mejicanos es de trecientos y sesenta dias, porque tienen dieciocho meses de á veinte dias cada uno; los cuales hacen trecientos y sesenta. Tiene mas otros cinco dias que andan sueltos y por sí, á manera de intercalares, en que se celebran grandes fiestas de crueles sacrificios, pero con mucha devocion. No podian dejar de andar errados con esta cuenta, que no llegaba á igualar con el curso puntual del sol, que aun el año de los cristianos, que tan astrólogos son, anda errado en muchos dias; empero harto atinaban á lo cierto, y conformaban con las otras naciones.

Ce cipactli.
Ome hecatl.
Ei calli.
Nauí cuezpali.
Macuil couatl.
Chicoacac mizquintli.
Chicome maçatl.
Chicoey tochtli.
Chiconauí atl.
Matlacizcuintli.
Matlactioce oçumatli.
Matlactliome malinalli.
Matlactlomei acatlh.

La semana siguiente tras esta comienza sus días de uno; mas aquel uno es catorceno, nombre del mes y de los días, y dicen:

Ce ocelotl.
Ome coatl.
Ei cozcaquahutli.
Nauí olin.
Macuil tepatl.
Chicoacac quiauitl.
Chicome xuchitl.
Chicoci cipactli.

En esta segunda semana vino cipactli á ser octavo día, habiendo sido en la primera primero.

Ce maçatl.
Ome tochtli.
Ei atl.
Nauí izcuintli.
Macuil oçumatli.

Así comienza la tercera semana, en la cual no entra este nombre cipactli; mas maçatl, que fué séptimo día en la primera semana, y no tuvo lugar en la segunda, es el día primero desta tercera semana. No es mas escusa cuenta esta que la nuestra que tenemos, por solas estas siete letras *a, b, c, d, e, f, g*; porque tambien ellos se mudan y andan de tal manera que la *a*, que fué primer día de un mes, viene á ser el quinto día del otro mes adelante, y al tercer mes es tercero día; y así hacen todas las otras seis letras.

Cuenta de los años.

Otra manera muy diversa de la dicha tienen para contar los años, la cual no pasa de cuatro; pero con uno, dos, tres y cuatro cuentan ciento, y quinientos, y mil, y en fin, todo cuanto es menester y quieren. Las figuras y nombres son tochtli, acatlh, tepatl, calli, que son conejo, caña, cuchillo, casa; y dicen:

Ce tochtli.	Es un año.
Ome acatlh.	Dos años.
Ei tepatl.	Tres años.
Nauí calli.	Cuatro años.
Macuil tochtli.	Cinco años.
Chicoacac acatlh.	Seis años.
Chicome tepatl.	Siete años.
Chicuei calli.	Ocho años.
Chiconauí tochtli.	Nueve años.

Matlactli acatlh.	Diez años.
Matlactioce tepatlh.	Once años.
Matlactliome calli.	Doce años.
Matlactlomei tochtli.	Trece años.

Tampoco sube la cuenta mas de á trece, que es semana de año, y acaba donde comenzó.

Otra semana.

Ce acatlh.	Un año.
Ome tepatlh.	Dos años.
Ei calli.	Tres años.
Nauí tochtli.	Cuatro años.
Macuil acatlh.	Cinco años.
Chicoacac tepatlh.	Seis años.
Chicome calli.	Siete años.
Chicuei tochtli.	Ocho años.
Chiconauí acatlh.	Nueve años.
Matlactli tepatlh.	Diez años.
Matlactioce calli.	Once años.
Matlactliome tochtli.	Doce años.
Matlactlomei acatlh.	Trece años.

La tercera semana de años.

Ce tepatlh.	Un año.
Ome calli.	Dos años.
Ei tochtli.	Tres años.
Nauí acatlh.	Cuatro años.
Macuil tepatlh.	Cinco años.
Chicoacac calli.	Seis años.
Chicome tochtli.	Siete años.
Chicuei acatlh.	Ocho años.
Chiconauí tepatlh.	Nueve años.
Matlactli calli.	Diez años.
Matlactliome tochtli.	Once años.
Matlactliome acatlh.	Doce años.
Matlactlomei tepatlh.	Trece años.

La cuarta semana.

Ce calli.	Un año.
Ome tochtli.	Dos años.
Ei acatlh.	Tres años.
Nauí tepatlh.	Cuatro años.
Macuil calli.	Cinco años.
Chicoacac tochtli.	Seis años.
Chicome acatlh.	Siete años.
Chicuei tepatlh.	Ocho años.
Chiconauí calli.	Nueve años.
Matlactli tochtli.	Diez años.
Matlactioce acatlh.	Once años.
Matlactliome tepatlh.	Doce años.
Matlactlomei calli.	Trece años.

Cada semana destas, que los nuestros llaman indición, tiene trece años, y todas cuatro hacen cincuenta y dos años, que es número perfecto en la cuenta; y es como decir el jubileo, porque de cincuenta y dos en cincuenta y dos años tienen muy solemnes fiestas, con grandísimas ceremonias; según después trataremos. Contados estos cincuenta y dos años, tornan á contar de nuevo por la orden arriba puesta, otros tantos, comenzando de ce tochtli, y luego otros y otros; pero

siempre comienzan del conejo. Así que con esta manera de contar tienen memoria de ochocientos y cincuenta años, y saben muy bien cada cosa en que año aconteció, qué rey murió y qué hijos tuvo, y todo lo al que atañe á la historia.

Cinco soles, que son edades.

Bien alcanzan estos de Culúa que los dioses criaron el mundo, mas no saben cómo; empero, según ellos fingien y creen por las figuras ó fábulas que dello tienen, afirman que han pasado, después acá de la creación del mundo, cuatro soles, sin este que agora los alumbrá. Dicen pues cómo el primer sol se perdió por agua, con que se ahogaron todos los hombres y perescieron todas las cosas criadas; el segundo sol peresció cayendo el cielo sobre la tierra, cuya caída mató la gente y toda cosa viva; y dicen que habia entonces gigantes, y que son dellos los huesos que nuestros españoles han hallado cavando minas y sepulturas, de cuya medida y proporcion parece como eran aquellos hombres de veinte palmos en alto; estatura es grandísima, pero certísima; el sol tercero faltó y se consumió por fuego; porque ardió muchos días todo el mundo, y murió abrasada toda la gente y animales; el cuarto sol fenesció con aire; fué tanto y tan recio el viento que hizo entonces, que derrocó todos los edificios y árboles, y aun deshizo las peñas; mas no perescieron los hombres, sino convirtiéronse en monas. Del quinto sol, que al presente tienen, no dicen de qué manera se ha de perder; pero cuentan cómo, acabado el cuarto sol, se escureció todo el mundo, y estuvieron en tinieblas veinte y cinco años continuos; y que á los quince años de aquella espantosa escuridad los dioses formaron un hombre y una mujer, que luego tuvieron hijos, y dende á diez años apareció el sol recién criado, y nacido en día de conejo; y por eso traen la cuenta de sus años desde aquel día y figura. Así que, contando de entonces hasta el año de 1532, ha su sol ochocientos y cincuenta y ocho años; por manera que há muchos años que usan de escritura pintada; y no solamente la tienen desde ce tochtli, que es comienzo del primer año, mes y día del quinto sol, mas tambien la usaban en vida de los otros cuatro soles perdidos y pasados; pero dejábanlas olvidar, diciendo que, con el nuevo sol, nuevas debian ser todas las otras cosas. Tambien cuentan que, tres días después que apareció este quinto sol, se murieron los dioses; porque veais cuáles eran; y que andando el tiempo nacieron los que al presente tienen y adoran; y por aquí los convencian los religiosos que los convertian á nuestra santa fe.

Chichimecas.

Hay en esta tierra, que llaman Nueva-España, muchas y muy diversas generaciones; dicen que la mas antigua es los chichimecas, y que vinieron de Aculua, que es mas allá de Xalisco, cerca de los años de 720 que Cristo nació, reduciendo su cuenta á la nuestra; y que muchos dellos poblaron al rededor de la laguna de Tenuchtitlan; pero que se acabaron ó se perdió su nombre, mezclándose con otros. No tenían rey cuando entraron aquí; no hacian lugar, ni aun casa; moraban en

cuevas y por los montes, andaban desnudos, no sembraban, no comian maíz ni otras semillas, ni pan de ninguna suerte, mantenianse de raíces, yerbas y frutas del campo; y como eran muy diestros de tirar un arco, mataban muchos venados, liebres, conejos, y otros animales y aves, y comian toda esta caza, no guisada, sino cruda y seca al sol; tambien comian culebras, lagartos y otras sabandijas así, sucias, asquerosas y bravas, y aun hoy día hay muchos dellos allá en su naturaleza que viven así. Siendo, empero, tan bárbaros y viviendo vida tan bestial, eran hombres religiosos y devotos; adoraban al sol, ofrecianle culebras, lagartijas y semejantes animalejos; ofrecianle asimesmo todo género de aves, desde águilas hasta mariposas; no hacian sacrificio con sangre, no tenían ídolos, ni aun del sol, á quien tenían por unó y solo dios; casaban con una sola mujer, y aquella no parienta en grado ninguno; eran feroces y belicosos, á cuya causa señorearon la tierra.

Aculuaques.

Setecientos y setenta ó mas años há que vinieron á esta tierra de la laguna unas gentes muy guerreras, pero de mucha policía y razon, que se llamaron los de Aculúa. Estos comenzaron luego en viniendo, á poblar lugares y sembrar maíz y otras legumbres, y usaban de figuras por letras. Era gente de lustre, y habia entrellos algunos señores. Fundaron sobre la laguna á Tullancinco, que fué su primera puebla; y porque venian de Tulla, poblaron luego á Tullan, y después á Tezcuco, y de allí á Couatlichan, de donde fueron á Culuaque, que otros dicen Coyoacan, y en él asentaron y residieron muchos años. Estando allí hicieron unas casillas y chozuelas en una isleta alta y enjuta de la laguna, al rededor de la cual habia ciertas charcas y manantiales, que creo llamaban Méjico; las cuales casas pajizas fueron el comienzo de la gran ciudad Méjico Tenuchtitlan. Habia cerca de docientos años que estaban allí estos de Aculúa, cuando comenzaron los chichimecas á desechar la rudez y bárbaras costumbres que tenían, y á comunicar con ellos por matrimonio y contrataciones; que antes ó no habian querido ó no osaban.

Mejicanos.

En este medio tiempo llegaron á esta tierra los mejicanos, nacion tambien extranjera y en aquellos reinos nueva, aunque algunos quieren sentir que son de los mismos de Aculúa, por quanto la lengua de los unos y de los otros es toda una; y dicen que no trajeron señores, sino capitanes. Entraron tambien ellos por Tullan, y caminaron hácia la laguna; poblaron á Azcapuzalco, y luego á Tlacopan y Chapultepec, y de allí edificaron á Méjico, cabecera de su señorío, por oráculo del diablo. Crecieron tanto en hacienda y reputacion, que en muy breve fueron mayores señores en la tierra que los de Aculúa ni que los chichimecas. Dieron guerra á sus vecinos, vencieron muchas batallas; tuvieron esto; que á los que se les daban, ponian ciertos tributos ó parias, y á los que les resistian, robaban y servianse dellos y de sus hijos y mujeres por esclavos. Comenzaron por via de religion. Añadiéronle luego las armas y fuerza, y después codicia, y así se quedaron señores de todo, y

pusieron la silla de su imperio en Méjico. Traían cuenta y razon con el tiempo por escrito de figuras, si ya no la tomaron de aquellos otros de Aculuacan después que trabaron con ellos amistad y parentesco.

Segun los libros desta gente, y comun opinión de sus hombres sabios y leidos, salieron estos mejicanos de un pueblo llamado Chicomuztoll, y todos nacieron de un padre, dicho por nombre Iztacmixcoatl, el cual tuvo dos mujeres. En Ilancueitl, que fué la una, hubo seis hijos. El primero se llamó Xelhúa, el segundo Tenuch, el tercero Ulmecatl, el cuarto Xicalancatl, el quinto Mixtecatl, el sexto Otomitl. En Chimalmath, que fué la otra mujer, hubo á Quezalcoatl.

Xelhúa, que era el primogénito y mayorazgo, fundó y pobló á Cuahuquechulan, Izcuzan, Epatlan, Teupatlan, Teouacan, Cuzcatlan, Teutitlan y otros muchos lugares.

Tenuch pobló á Tenuchtitlan, y dél se dijeron al principio Tenuchca, segun algunos cuentan, y después se llamaron Méjica. Deste Tenuch salieron muchas personas muy excelentes, y sus descendientes vinieron á mandar toda la tierra y á ser señores de todo su linaje y de otras muchas gentes.

Ulmecatl pobló tambien muchos lugares en aquella parte á do agora está la ciudad de los Angeles, y nombrólos Totomiuacan, Vicilapan, Cuatlaxcoapan, y otros así.

Xicalancatl anduvo mas tierra, llegó á la mar del Norte, y en la costa hizo muchos pueblos; pero á los dos mas principales llamó de su mismo nombre. El un Xicalanco está en la provincia de Maxcalcinco, que es cerca de la Veracruz, y el otro Xicalanco está cerca de Tabasco. Este es gran pueblo y de mucho trato, donde se hacen grandes ferias, á las cuales van muchos mercaderes de léjos tierras; y los de allí andan por toda la tierra contratando. Hay gran distancia del un pueblo destos al otro.

Mixtecatl echó por la otra parte y corrió hasta la mar del Sur, donde pobló á Tututepec; edificó á Acatlan, que hay del uno al otro cerca de ochenta leguas; y todo aquel trecho de tierra se llama Mixtecapan. Es un gran reino, rico, abundante, de mucha gente y buenos pueblos.

Otomitl subió á las montañas que están á la redonda de Méjico. Pobló muchos lugares. Los mejores y el riñon de todos ellos es Xilotepec, Tullan y Otompan. Esta es la mayor generacion de toda la tierra de Anauac, la cual, allende de ser muy diferente en la habla, andan los hombres chamorros. Tambien hay quien dice que los chichimecas vienen deste Otomitl, por ser entrambas naciones de baja suerte y la mas suez y servil gente que hay en toda esta tierra.

Quezalcoatl edificó, ó como dicen algunos, reedificó á Tlaxcallan, Huexocinco, Chololla y otras muchas ciudades. Fué aqueste Quezalcoatl hombre honesto, templado, religioso, santo, y, como ellos tienen, dios. No fué casado ni conoció mujer. Vivió castisimamente, haciendo muy áspera penitencia con ayunos y disciplinas. Predicó, segun se dice, la ley natural, y enseñóla con obra, dando ejemplo de buenas costumbres. Instituyó el ayuno, que antes no lo usaban, y fué el primera

que en esta tierra hizo sacrificio de sangre; mas no como agora lo usan estos indios con muerte de infinitos hombres, sino sacando sangre de las orejas y lenguas, por penitencia, por castigo y por remedio contra el vicio del mentir y del escuchar la mentira, que no son pequeños vicios entre esta gente. Creen que no murió, sino que se desapareció en la provincia de Coazacoalco, junto al mar. Tal lo pintan cual yo cuento, á Quezalcoatl; y porque no saben, ó porque encubren su muerte, lo tienen por el dios del aire, y lo adoran en toda esta tierra, y principalmente en Tlaxcallan y Chololla, y en los demás pueblos que fundó; y así le hacen en ellos extraños ritos y sacrificios.

Tanto como dicho es poblaron y anduvieron estos siete hermanos, ó conquistaron; que tambien se cuenta de ellos haber sido hombres muy guerreros. Va todo ello muy en suma, así porque basta para declaracion del linaje y tierra de estos mejicanos, como por acortar muchos cuentos que sobre esto tienen los indios, que presumen de sangre, y de leidos en sus antigüedades. Los españoles, aunque han procurado saber muy de raíz la origen de los reyes mejicanos, no se determinan á certificar las opiniones; solamente afirman que así como todos los de Méjico y Tezcucó se precian de llamar Aculuques, así los que son de aquel linaje y lenguaje son hombres de mas qualidad y estofa que los otros, y así tambien, son mas estimados y temidos, y su lengua, costumbres y religion es lo mejor y lo que mas se usa.

Por qué se dicen aculuques.

Los señores de Tezcucó, que verdaderamente son señores de Aculuacan, y mas antiguos que mejicanos, se jatan decender de un caballero que era mas alto que ninguno de todos los de aquella tierra, de los hombres arriba, por lo cual le llamaron Aculli, como si dijésemos el hombrudo ó el alto de hombros, que aculli es hombro, aunque tambien quiere decir el hueso que baja del hombro al codo. Allende que este Aculli fué hombre de gran estatura, fué asimesmo grande en todas sus cosas, especialmente en las guerras, que venció de animoso y valiente.

Los señores de Méjico, que son los mayores y los grandes, y en fin los reyes de los reyes, se precian de ser y de se llamar de Culúa, diciendo que decien de un Chichimecatl, caballero muy esforzado, el cual ató una correa al brazo de Quezalcoatl por junto al hombro, cuando andaba y conversaba entre los hombres. Lo que tuvieron por un gran hecho, y decian: «Hombre que ató á un dios, atará á todos los mortales;» y así, de allí adelante le llamaron Aculhuatl, que como poco há dije, aculli es el hueso del codo al hombro, y el mesmo hombro. Valió, y pudo mucho después aquel Aculhuatl, y dió comienzo á sus hijos de tal manera, que vinieron sus descendientes á ser reyes de Méjico en aquella grandeza que Moteczuma estaba cuando Fernando Cortés le prendió. Así que parece que vienen de Chichimecatl, aunque por diversos efetos, y dicen que por diferenciarse tienen aquel cuento los de Tezcucó, y este los de Méjico.

De los reyes de Méjico.

Cuenta su historia que vinieron á esta tierra los chichimecas el año, segun nuestra cuenta, de 721 después que Cristo nació. El primer señor y hombre principal que nombran y señalan en la orden y sucesion de su reino y linaje, es Totepeuch, y es de pensar que ó se estuvieron sin rey, como ya en otra parte dije, ó que no declaran el capitan que traían, ó que Totepeuch vivió muy mucho tiempo; que pudo ser, pues murió mas de cien años después que entraron en esta tierra. Muerto que fué Totepeuch, se juntó toda la nacion en Tullan, é hicieron señor á Topil, hijo de Totepeuch y de edad de veinte y dos años. Fué rey cincuenta años, ó casi.

Estuvieron sin señor, después que Topil murió, mas de ciento y diez años; pero no cuentan la causa, ó quizá se olvidan el nombre del rey ó reyes que fueron en aquel espacio de tiempo. Al cabo del cual, estando allí en Tullan, sobre ciertas diferencias y pasiones que los advenedizos tuvieron con los naturales, se hicieron dos señores. Piensan algunos que entre los mesmos chichimecas hubo bandos sobre quién mandaria; que como de Topil no quedaban hijos, habia muchos deseos de mandar. Empero de cualquier manera que fué, se tiene por cierto que eligieron dos señores, y que cada uno de ellos echó por su camino con los de su parcialidad ó linaje. Uemac fué un señor, y salió de Tullan por una parte. Nauhicocin, que fué el otro señor, y natural chichimeca, se salió tambien del pueblo, y se vino hácia la laguna con los de su valía; fué rey mas de setenta años, y acaee vivir los hombres mucho tiempo.

Por muerte de Nauhicocin reinó Cuauhtexpetlatl.

Tras Cuauhtexpetlatl fué rey Uecin.

Nonoualcatl sucedió á Uecin.

Reinó después dél Achitometl.

Tras Achitometl heredó Cuauhtonal, y á los diez años de su reinado llegaron los mejicanos á Chapultepec. Esto es segun la cuenta de algunos; por ende parece que no tienen mucha antigüedad.

Sucedió en el señorío á este Achitometl Mazazin.

A Mazazin heredó Queza.

Tras Queza fué rey Chalchihntona.

Por muerte de Chalchihntona vino á reinar Cuauhtlix.

A Cuauhtlix sucedió Johuallatonac.

Reinó tras Johuallatonac Ciuhtettl.

Al tercer año que reinaba se metieron los mejicanos á do es agora Méjico.

Muerto Ciuhtettl, fué rey Xiuiltemoc.

Cuxcux sucedió á Xiuiltemoc.

Murió Cuxcux, y heredóle Acamapichtli. Al sexto año de su reinado se levantó Achitometl, hombre muy principal, y con deseo y ambicion de reinar le mató, y tiranizó aquel señorío de Aculuacan cerca de doce años, y no solamente mató al Rey, sino tambien á seis hijos y herederos. Ilancueitl, que era la reina, ó segun algunos, ama, huyó con Acamapichcin, hijo ó sobrino, pero heredero forzoso de Cuatllichan. Doce años después que Achitometl señoreaba, se fué á los montes desesperado, y por miedo no le matasen los suyos, que andaban muy revueltos. Con su ida, ó con las crueldades,

HA.

muertes, agravios y otros malos tratamientos que habia hecho á los vecinos, se despobló aquella ciudad de Culuaacan, y por falta del rey comenzaron á gobernar la tierra los señores de Azcapuzalco, Cuauhnauac, Chalco, Cuatllichan y Huexocinco.

Después que Acamapich se crió algunos años en Cuatllichan, le llevaron á Méjico, donde le tuvieron en mucho, por ser de tan alto linaje y legítimo heredero y señor de la casa y estado de Culúa; y como habia de ser tan gran príncipe, luego que fué de edad para se casar, procuraron muchos caballeros de Méjico darle sus hijas por mujeres. Acamapich tomó hasta veinte mujeres de aquellas mas nobles y principales, y de los hijos que tuvo en ellas vienen los mas y mayores señores de toda esta tierra; y porque no se perdiese la memoria de Culuaacan, poblóla, y puso en ella por señor á su hijo Nauhicocin, que fué segundo de tal nombre. Y él asentó y residió en Méjico; fué un excelente príncipe y un gran varon, y cuantas cosas quiso se le hicieron á su sabor, que, como ellos dicen, tenia la fortuna en la mano. Tornó á ser señor de Culuaacan, como su padre lo fué; fué asimesmo rey de Méjico, y en él se comenzó á extender el imperio y nombre mejicano; y en cuarenta y seis años que reinó se enobleció muy mucho aquella ciudad Mexicotenuchtitlan. Dejó Acamapich tres hijos, que todos tres reinaron tras él, uno en pos de otro.

Muerto Acamapich, sucedió en el señorío de Méjico su hijo mayor Viciliuitl, el cual casó con heredera del señorío de Cuauhnauac, y con ella señoreó aquel estado.

A Viciliuitl sucedió su hermano Chimapopoca.

A Chimapopoca sucedió el otro su hermano, dicho Izcona. Este Izcona señoreó á Azcapuzalco, Cuauhnauac, Chalco, Cuatllichan y Huexocinco. Mas tuvo por acompañados en el gobierno á Nezaualcococin, señor de Tezcucó, y al señor de Tlacopan, y de aquí adelante mandaron y gobernaron estos tres señores cuantos reinos y pueblos obedecian y tributaban á los de Culúa; bien que el principal y el mayor dellos era el rey de Méjico, el segundo el de Tezcucó, y el menor el de Tlacopan.

Por muerte de Izcona reinó Moteczuma, hijo de Viciliuitl, que tal costumbre tenían en las herencias, de no suceder en el señorío los hijos á los padres que tenían hermanos, hasta ser muertos los tíos; mas en muriendo, heredaban los hijos del hermano mayor, como hizo este Moteczuma.

Tras este Moteczuma vino á suceder en el reino una su hija, ca no habia otro heredero mas cercano; la cual casó con un su pariente, y parió dél muchos hijos, de los cuales fueron reyes de Méjico tres, uno tras otro, como habian sido los hijos de Acamapich.

Axayaca fué rey después de su madre, y dejó un hijo, que llamó Moteczuma por amor de su agüelo.

Por muerte de Axayaca reinó su hermano Tizocica. A Tizocica sucedió Auhizo, que tambien era su hermano.

Como fué muerto Auhizo, entró á reinar Moteczuma, y comenzó el año de 1503. Este fué á quien prendió Cortés. Quedaron muchos hijos deste Moteczuma, á lo que dicen algunos. Cortés dice que dejó tres hijos varones con muchas hijas. El mayor dellos murió entre muchos españoles al huir de Méjico. De los otros dos,

28

era uno loco y otro perlático. Don Pedro Moteczuma, que aun vive, es su hijo, y señor de un barrio de Méjico; el cual, porque se da mucho por vino, no le han hecho mayor señor. De las hijas, una fué casada con Alonso de Grado y otra con Pedro Gallego, y después con Juan Cano, de Cáceres; y primero que con ellos, casó con Cuellauac. Fué bautizada, y llamóse doña Isabel. Parió de Pedro Gallego un hijo, que llamaron Juan Gallego Moteczuma, y de Juan Cano parió muchos. Otros dicen que no tuvo Moteczuma más de dos hijos legítimos: á Axayaca, varon, y á esta doña Isabel; aunque bien hay que averiguar cuáles hijos y cuáles mujeres de Moteczuma eran legítimos.

Muerto que fué Moteczuma, y echados de Méjico los españoles, fué rey Cuellauac, señor de Iztacpalapan, su sobrino, ó como algunos quieren, hermano. No vivió mas de sesenta días, aunque otros dicen muchos menos. Murió de las viruelas que pegó el negro de Narvaez.

Por muerte de Cuellauac reinó Cuahutimoc, sobrino de Moteczuma y sacerdote mayor; el cual, por reinar descansado, mató á Axayaca, á quien pertenecía el reino, y tomó por mujer á la doña Isabel que arriba dije. Este Cuahutimoc perdió á Méjico, aunque la defendió esforzadamente.

La manera comun de heredar.

Muchas maneras hay de heredar entre los de la Nueva-España, y mucha diferencia entre nobles y villanos, por lo cual porné aquí algo dello. Es costumbre de pecheros que el hijo mayor herede al padre en toda la hacienda raíz y mueble, y que tenga y mantenga todos los hermanos y sobrinos, con tal que hagan ellos lo que él les mandare. A esta causa hay siempre en cada casa muchas personas. La razon por donde no parten la hacienda es por no la desmínuir con la particion y particiones que una tras otra se harían; lo cual, aunque es muy bueno, trae grandes inconvenientes. El que así hereda paga al señor los tributos y pechos que su casa y heredad es obligada, y no mas; y si está en lugar que pagan al señor por cabezas, da entonces aquel hermano mayor tantos cacao por cada hermano y sobrino que tiene en casa, ó tantas plumas ó mantas ó cargas de maíz, ó las otras cosas que suelen pechar; y así, pecha mucho, y parece á quien no lo sabe que es un desaforado pecho. Y á la verdad, muchas veces no lo pueden pagar, y los venden ó toman por esclavos. Cuando no hay hermanos ni sobrinos que hereden forzosamente, vuelven las haciendas al señor ó al pueblo, y entonces las da el señor ó el pueblo á quien bien les place, con la carga de tributo y servicio que tiene, y no mas; bien que siempre hay respecto á darlas á parientes de los que las tuvieron. Y aunque los pueblos hereden á los vecinos, no es para concejo la renta, sino para el señor, del cual tienen tomado á renta, ó como decimos acá, á censo perpetuo, todo el término. Repártenlo por suertes, y contribuyen por rata. En otros lugares heredan al padre todos los hijos, y reparten entre sí la hacienda, que parece mas justo y mas libertad. Algunos señoríos hay que, aunque hereda el hijo mayor, no entra en posesion sin decreto y voluntad del

pueblo, ó sin licencia del Rey, á quien debe y reconoce vasallaje, á cuya causa muchas veces venian á heredar los otros hijos; y de aquí debe ser que en semejantes estados los padres nombran cuál hijo les heredará; y dicen que en muchos lugares dejaba mandado el padre qué hijo tenia de sucederle en el señorío. En los pueblos de república, que se gobernaban en comun, tenían diferentes maneras de heredar los estados, pero siempre se miraba el linaje. La general costumbre entre reyes y grandes señores mejicanos es heredar primero los hermanos que los hijos, y luego los hijos del hermano mayor, y tras ellos los hijos del primer heredero; y si no habia hijos ni nietos, heredaban los parientes mas propincos. Los reyes de Méjico, Tezcucó y otros sacaban del Estado lugares para dar á hijos y para dotar las hijas; y aun como eran poderosos, querian que siempre los hijos de las mujeres mejicanas, hijas y sobrinas del Rey heredasen el señorío de los padres, si bien no fuesen los mayores ni á los que pertenecía el Estado.

La jura y coronacion del Rey.

Aunque heredaban unos hermanos á otros, y tras ellos el hijo del primer hermano, no usaban del mando ni creo que del nombre de rey hasta ser ungidos y coronados públicamente. Luego pues que el rey de Méjico era muerto y sepultado, llamaban á cortes al señor de Tezcucó y al de Tlacopan, que eran los mayores y mejores, y á todos los otros señores súbditos y sufraganos al imperio mejicano, los cuales venian muy presto. Si habia dubda ó diferencia quién debia de ser rey, averiguábase lo mas aína que podian, y si no, poco tenían que hacer. En fin, llevaban al que pertenecía el reino, desnudo todo, excepto lo vergonzoso, al templo grande de Vitcilopuchtlí. Iban todos muy callando y sin regocijo ninguno. Subíanlo de brazo las gradas arriba dos caballeros de la ciudad, que para esto nombraban, y delante dél iban los señores de Tezcucó y de Tlacopan, sin entremeterse nadie en medio; los cuales llevaban sobre sus mantas ciertas enseñas de sus ditados y oficios en la coronacion y ungimiento. No subían á las capillas y altar sino pocos seculares, y aquellos para vestir al nuevo rey y para hacer algunas cerimonias; que todos los demás miraban de las gradas y del suelo, y aun de los tejados, y todo se henchía: tanta gente cargaba á la fiesta. Llegaban pues con mucho acatamiento, hincábanse de rodillas al ídolo de Vitcilopuchtlí, tocaban el dedo en tierra y besábanlo. Venia luego el gran sacerdote vestido de pontifical, con otros muchos revestidos tambien de las sobrepellices que, segun en otra parte dije, ellos usan; y sin hablalle palabra, le tenía todo el cuerpo con una tinta muy negra, hecha para aquel efecto; y tras esto, saludando ó bendiciendo al ungido, rociábale cuatro veces de aquella agua bendita y á su modo consagrada, que dije guardaban en la consagracion del dios de masa, con un hisopo de ramas y hojas de caña, cedro y saz, que hacian por algun significado ó propiedad. Poníale después sobre la cabeza una manta toda pintada y sembrada de huesos y calavernas de muerto, encima de la cual le vestía otra manta negra, y luego otra azul, y ambas estaban con cabezas y huesos de

muerto, muy al natural pintados. Echábale al cuello unas correas coloradas, largas y de muchos ramales, de cuyos cabos colgaban ciertas insignias de rey, como pinjantes. Cargábale tambien á las espaldas una calabacita llena de ciertos polvos, en cuya virtud no le tocasse pestilencia, ni le cayese dolor ni enfermedad ninguna, y para que no le alojase viejas, ni encantasen hechiceros, ni engañasen malos hombres, y en fin, para que ninguna cosa mala le empeciese ni dañase. Poníale asimismo en el brazo izquierdo una taleguilla con el encienso que ellos usan, y dábale un braserico con ascuas de corteza de encina. El Rey se levantaba entonces, echaba de aquel encienso en las brásas, y con gran mesura y reverencia sahumaba á Vitcilopuchtlí, y sentábase. Llegaba luego el gran sacerdote, y tomábale juramento de palabra, y conjurábale que tenía la religion de sus dioses, que guardaria los fueros y leyes de sus antecesores, que mantenia justicia, que á ningun vasallo ni amigo agraviaría, que sería valiente en la guerra, que haria andar al sol con su claridad, llover las nubes, correr los rios, y producir la tierra todo género de mantenimientos. Estas y otras cosas imposibles prometia y juraba el nuevo rey. Daba las gracias al gran sacerdote, encomendábase á los dioses y á los miradores, y con tanto le abajaban los mismos que lo subieron, por la órden que primero. Comenzaba luego la gente á decir á voces que fuese para bien su reinado, y que le gozase muchos años con salud de todo el pueblo. Entonces viéranse bailar á unos, tañer á otros, y á todos que mostraban sus corazones con las muchas alegrías que hacian. Antes de abajar las gradas llegaban todos los señores que estaban en las Cortes y en corte á darle obediencia. Y en señal del señorío que sobre ellos tenia, le presentaban plumajes, sartas de caracoles, collares y otras joyas de oro y plata, y mantas pintadas con la muerte. Acompañábale hasta una gran sala, é ibanse. El Rey se asentaba en uno como estrado, que llaman tlacatecco. No salia del patio y templo en cuatro dias, los cuales gastaba en oracion, sacrificios y penitencia. No comia mas de una vez al dia, y aunque comia carne, sal, ají y todo manjar de señor, ayunaba. Bañábase una vez al dia y otra la noche en una gran alberca, donde se sangraba de las orejas, é incensaba al dios del agua Tlaloc. Tambien incensaba los otros ídolos del patio y templo, ofreciéndoles pan, fruta, flores, papeles y cañuelas tintas en sangre de su propia lengua, narices, manos y otras partes que se sacrificaba. Pasados aquellos cuatro dias, venian todos los señores á llevarlo á palacio con grandísima fiesta y placer del pueblo; mas pocos le miraban á la cara después de la consagracion. Con haber dicho estas cerimonias y solemnidad que Méjico tenia en coronar su rey, no hay qué decir de los otros reyes, porque todos ó los mas siguen esta costumbre, salvo que no suben en alto, sino al pié de las gradas. Venian luego á Méjico por la confirmacion del estado, y vueltos á sus tierras, hacian grandes fiestas y convites, no sin borracheras ni sin carne humana.

La caballería del Tecuitli.

Para ser tecuitli, que es el mayor ditado y dignidad tras los reyes, no se admiten sino hijos de señores.

Tres años y mas tiempo antes de recibir el hábito desta caballería, convidaba á la fiesta á todos sus parientes y amigos, y á los señores y tecuitles de la comarca. Venian, y juntos miraban que el dia de la fiesta fuese de buen signo, por no comenzarla con escrupulo. Acompañaban al caballero novel todos los del pueblo hasta el templo grande del dios Camaxtle, que era el mayor ídolo de las repúblicas. Los señores, los amigos y parientes que convidados estaban, lo subian por las gradas al altar, hincábanse todos de rodillas delante el ídolo, y el caballero estaba muy devoto, humilde y paciente. Salia luego el sacerdote mayor, y con un aguzado hueso de tigre, ó con una uña de águila, le horadaba las narices, entre cuero y ternillas, de pequeños agujeros, y metíale en ellos unas pedrezuelas de azabache negro, y no de otra color; haciale tras esto un gran vejámen, injuriándole mucho de palabras y obras, hasta desnudarlo en carnes, salvo lo deshonesto. El caballero se iba entonces así desnudo á una sala del templo, y comenzaba á velar las armas, asentábase en el suelo, y allí se estaba rezando. Comian los convidados muy de regocijo; pero en acabando, se iban sin hablarle. Como anochechia, le traian ciertos sacerdotes unas mantas grosseiras y yiles que vistiese; una estera y un tajoncillo por almohada, en que se recostase, y otro por silla para sentarse; traíanle tinta con que se tiznase, puas de mell con que se punzase las orejas, brazos y piernas; un brasero y resina para incensar los ídolos; y si habia gente con él, echábanla fuera, y no le dejaban mas de tres hombres, soldados viejos y diestros en la guerra, que le industriasen y tuviesen en vela. No dormia en cuatro dias sino algunos ratillos, y aquellos asentado; que los soldados le despertaban picándole con puas de mell. Cada media noche sahumaba los ídolos, y ofreciales gotas de sangre que de su cuerpo sacaba. Andaba todo el patio y templo una vuelta al rededor, cavaba en cuatro partes iguales, y allí soterraba papel, copalli, y cañas con sangre de sus orejas, manos, piés y lengua. Tras esto comia; que hasta entonces no se desayunaba. Era la comida cuatro bollicos ó buñuelos de maíz, y una copa de agua. Alguno destes tales caballeros no comia bocado en cuatro dias. Acabados estos cuatro dias, pedía licencia á los sacerdotes para ir á cumplir su profesion á otros templos; que á su casa no podia, ni llegar á su mujer, aunque la tuviese, durante el tiempo de la penitencia. Al cabo del año, y de allí adelante, cuando queria salir, aguardaba á un dia de buen signo para que saliese en buen pié, como habia entrado. El dia que habia de salir venian todos los que primero le honraron, y luego por la mañana le lavaban y limpiaban muy bien, y le tornaban al templo de Camaxtle con mucha música, danzas y regocijo. Subíanle á cerca del altar, desnudábanle las mantillas que traía, atábanle los cabellos con una tira de cuero colorado al colodrillo, de la cual colgaban algunas plumas, cobrianlo de una fina manta, y encima della le echaban otra manta riquísima, que era el hábito é insignia de tecuitli. Poníanle en la mano izquierda un arco, y en la derecha unas flechas. Luego el sacerdote le hacía un razonamiento, del qual era la summa que mirase la órden de caballería que habia tomado, y así como se diferenciaba en el hábito, traje